

LOS TOROS

Los toros triunfan. Plaza en Santiago, plaza en Valparaíso, plaza en Chillán y pronto en otras varias ciudades de la República. La afición por el arte taurino se ha desarrollado en Chile con extraordinaria rapidez. Primero se va á esta clase de espectáculos por satisfacer una natural curiosidad y luego la curiosidad se torna en afición, que según se deja ver, se va arraigando insensiblemente en las diversas clases de nuestro pueblo. Ya nadie se asusta cuando se habla de la fundación de una plaza, ni para combatirla se invocan senados-consultos ni se apela al recurso de las acusaciones de funcionarios más ó menos fiscales.



Echalo pa cá

¿Qué resultado producirá en definitiva el establecimiento á firme de la tauromaquia entre nosotros? Buenos y malos, según el lado por donde se la contemple. Servirá como un pasatiempo al que se

acudirá sin que el espectador salga con los bolsillos vacíos, maldiciendo su suerte una y mil veces, como pasa en las carreras de caballos, donde se ha desarrollado de una manera verdaderamente alarmante la pasión por el juego.

Lo malo de los toros se halla en el embrutecimiento que producen fiestas que en sí mismas son de índole brutal.

Con éxito inesperado se estrenó en Valparaíso el domingo pasado la plaza allí construida. La cuadrilla que desengañada abandonó esta capital, conquistó la revancha entre los porteños, que aplaudieron á los diestros. Dudamos que las suertes hayan sido mejores que las jugadas aquí. Lo que hubo fué que el público bisono era poco exigente y habría aplaudido no sólo eso sino cualquier mamarracho. Las exigencias y los descontentos tendrán después.

Como una curiosidad que no ha de carecer de interés para los aficionados, reproducimos á continuación una página española acerca de lo que antiguamente ganaban los toreros en España

Es la siguiente:

No digamos de aquellos matadores de toros de los primitivos tiempos de la tauromaquia, tales como el *Pamplonés*, *Martincho*, *Bellón el Africano*, *Lorenzo Manuel* y otros que, habiendo dejado un buen nombre en la historia, no llegaron, sin embargo, á ocupar los más eminentes puestos, sino aun aquellos astros de primera magnitud, como los *Romeros*, *Costillares* é *Illos*, tendrían, indudablemente, si les fuese permitido levantar la cabeza de los ignorados sepulcros en que yacen, por inverosímiles y absurdos los contratos que hacen hoy con las empresas los que han venido en nuestros días á ser sucesores de sus glorias.

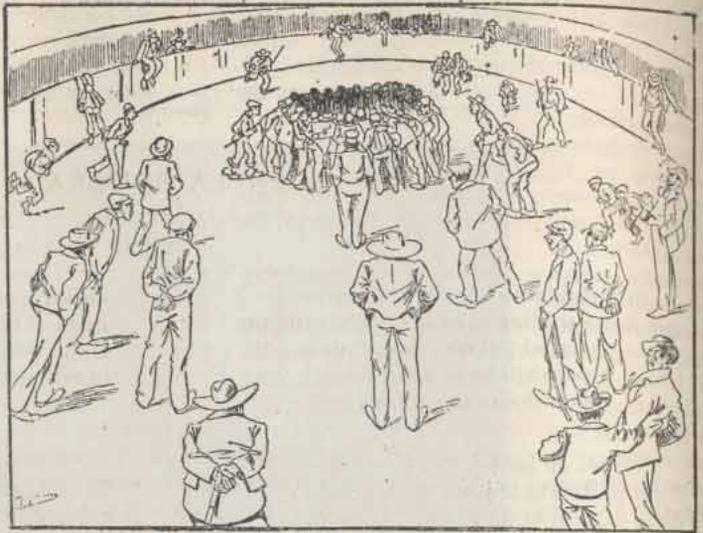
Para comprender el asombro que les causarían las cláusulas de cualquier escritura de los



Citando al toro

de ahora en que, no uno sino varios matadores, por supuesto, de los de primer cartel, estipulan los precios de cinco ó seis mil pesetas cada tarde en que estoquean dos ó cuando más tres toros; hay que recordar cómo se ajustaba á los toreros á fines del siglo pasado, y hasta en los comienzos del presente, en que siendo las corridas completas, esto es, por mañana y tarde, por lo cor-

to tenía cada matador que despachar de ocho á diez bichos, y no por cierto de esos cuatreños



El toro se acuesta

bien si de Juan Romero ó de Joaquín Rodríguez, se organizaron las cuadrillas fijas, las maestranzas de Caballería, ó las Juntas de Hospitales, seguían ajustando individualmente á picadores, espadas y banderilleros.

Con los primeros que entendían era con la gente de á caballo, entonces más considerada que ahora, y á la que por ello se pagaba mejor.

Prueba de ello es que, según un contrato cuyo original poseemos, para unas corridas que se dieron en Córdoba el año de 1770, para un objeto benéfico que el documento no refiere cuál fuera, se señaló á los varilargueros Alonso y González, «por picar cuarenta toros en cuatro días, por mañana y tarde», el estipendio de cinco mil reales, manutención, vestido de casaquilla, sombrero y zapatos.

En cambio, por aquel mismo tiempo, los ya citados y famosísimos Pedro Romero, José Delgado y Joaquín Rodríguez, figuran en diversos contratos de plazas tan importantes como las de Madrid y Sevilla por mil, dos mil y, sólo posteriormente, con tres mil reales, en funciones en que les tocaba estoquear diez, ocho, y la vez que menos, seis ó siete reses.

Verdad es que algunas corporaciones rumbosas se comprometían á vestir no sólo á los jinetes, sino también á los peones siendo frecuente que los señores maestrantes de Sevilla dieran «chaquetilla de grana y justillos de varios colores» á banderilleros y peones-chulos que se decían actores ó auxiliares, y «colete y calzón de ante, correón de vaqueta con hebilla de plata y mangas acolchadas» á los espadas.

Pero, ¿podía compensar este gaje de que, co-



El toro se levanta

que, con escándalo de los aficionados, solemos ver salir ahora de los chiqueros.

Aun cuando debido á la iniciativa no se sabe

mo es consiguiente, no en todas partes disfrutaban, el que en ocasiones uno de los toreros más idolatrados por el público percibiera, por lidiar mañana y tarde en el ruedo de Madrid, *tres onzas de oro*, que tuvo á bien aceptar en 1875 Joseph Delgado, y que hoy no tomaría un novillero un poco adelantadillo?

Y eso que este matador es fama que era ya de los más exigentes, y, sobre todo, sé que en los últimos años extremó más que ninguno las exigencias.

Demuestra esto un documento de que también tenemos copia.

Pocos días después de la tristemente célebre corrida del 11 de mayo de 1801, en que perdió la vida el desgraciado *Pepe Hillo*, debía éste torear con su gente cuatro tardes en una capital de provincia de Castilla.

Un posadero de aquella ciudad celebró con la comisión municipal el siguiente compromiso:

«Señores: Habiéndose me mandado por el señor don Juan Marinas, que viesse el arreglo que podré hacer con el gasto de los toreros, en dárles de comer, beber, asistimiento y camas, es el siguiente:

«Primeramente, chocolate para doce, una libra, con dos libretas, una patorra para almorzar con su pan y vino; á medio día, dos libras de vaca, media de carnero, una gallina, me-

dia docena de chorizos, ocho pollos (cuatro asados y cuatro en pepitoria), una fuente de pellas ó natillas, ocho libras de ternera, con una libra de manteca para asarla; doce libras de pan, vino bueno, fruta del día, tres libras de azúcar blanca; por la noche, un buen guisado, con su ensalada vino y pan, con fruta para postre; sus doce camas buenas, con sus posesiones, luces y asistencia. No excediendo de esto el gasto, le arreglo por veintiocho reales cada uno.



Mala suerte

«Me parece que está muy bien arreglado. Si usías determinan, me darán aviso para determinar mis cosas.—Dios guarde á VV. SS. muchos años.— *Gabriel de Mora.*»

En tiempos en que los matadores de toros no se hospedaban en el Hotel Inglés, ni comían en Lhardy, como ahora, no era mal trato el que indudablemente exigía Pepe Hillo para su cuadrilla.

Y, sin embargo, todavía mataban ocho ó diez toros por tres onzas.

TRES Y UNA

En el Album de la señorita E. S.

Conozco tres niñas yo
que son á cual más hermosas,
pues dando enojo á las rosas,
Dios por gala las crió;
y en estas niñas reunió,
de la hermosura al través,
gracias con tanta fortuna,
que son las tres sólo una,
y sin embargo son tres.

Compiten en gallardía,
prestándose mutuo encanto;
lloran con un mismo llanto
y una misma es su alegría;
unidas van noche y día
como hermanas que se adoran;
los mismos pesares lloran,
tienen iguales desvelos,
y sin enojos ni celos
juntas las tres enamoran.

Y así con igual contento
viven felices las tres,
que une un común interés,
un amor y un pensamiento.
Mas veo con sentimiento
que ya te estoy dando enojos;
sonrían tus labios rojos
y cesen ya tus querellas,

que son las tres niñas bellas,
¡tú... y las niñas de tus ojos!

CARLOS ILLEROZUÉ

Octubre 15 de 1900.

Español

COSAS DEL DIA



A mí en las primaveras
y en los veranos
me da dolor de muelas,
me salen granos.